

para el abrazo amigo, para alzarse
hasta la Cruz y, en ella,
por El crucificarse;

en la mano tendida,
llevad amor de Dios a todas partes,
el cayado del viejo, los denarios
del buen samaritano y, entrañables,
apretado el saludo,
la caricia suave;

el andar peregrino
con hambres impacientes de paisaje,
la antorcha iluminando los oteros,
abriéndole angosturas a los valles
con gozos de veredas
entre los berrocales;

el resorte del músculo
diligente a la voz, apenas carne,
empapado en carmines de la aurora,
esculpido en los malvas de la tarde,
tened de sol los días
lo mismo que las aves;

sed juglar y cruzado,
campead en las armas y en las artes
y, atentos a la voz de la conciencia,
en la grada de Dios haceos mas grandes:
para la fe, de cedro;
para el amor, de sauce.

En la frente del alba
os quiero tres arcángeles.

JOSÉ CANAL

Austeridad y penitencia

SAN PEDRO DE ALCANTARA

ISAGOGE

E ANTEMOS loores a nuestros abuelos los Conquistadores y a nuestros santos extremeños, porque es noble nuestra historia, como los anhelos de evocar su historia, porque nos esperan los nuevos caminos, y en sus metas pardas y bravías se forjarán radiantes los altos destinos de nuestra Extremadura de besanas y pastorias, de olivares y viñedos, de roquedas y encinares que tienen retoños de esencias bravías.

Es verdad que, «por encima de todo el caserío», debemos los extremeños, «emular a todas las regiones en un futuro de bellas claridades» y seguir cantando a sus campestres rudos atavios, sus veranos de olorosas eras, sus inviernos gélidos y sus fragantes breves primaveras.

Plausible pretensión la de «anudar la tradición, sostener la inspiración poética» y hacer que se «destaque toda la generosidad espiritual del alma extremeña en el concierto de las regiones».

Más español y extremeño que el suelo es, el *sentir* de las generaciones que por tantos siglos vivieron sobre este solar; más español y extremeño que los hechos de nuestros antepasados, es el *ideal* que inspiró sus obras y su historia.

Adelante pues, para seguir cantando loores a esta tierra bendita de los jarales y de las rastrojeras, la de las ciudades que fueron señoras, la de sus aldeas pardas y gentes austeras, como nuestro inmortal San Pedro de Alcántara.

* * *

Sobre una roca que domina y encauza el río Tajo, al Oeste de la provincia de Cáceres, está situada Alcántara, villa que fue una de las pequeñas ciudades de la antigua Lusitania. Célebre población de grandes recuerdos históricos, cedida por Alfonso IX de Castilla en Feudo a la Orden Militoreligiosa de San Julián de *Pereiro* que, desde entonces

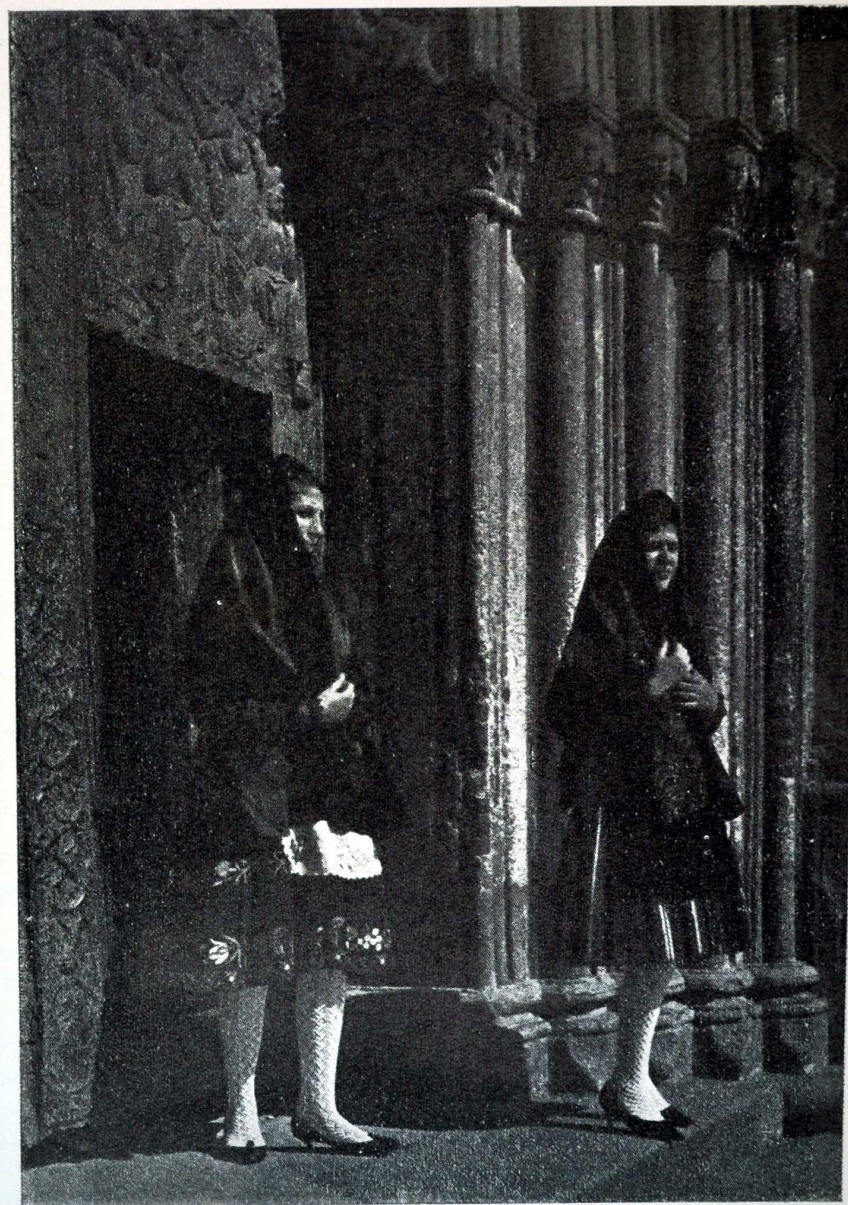
tomó el nombre de Alcántara, instituida en 1156 por los Caballeros salmantinos don Suero y don Gómez Fernández Barrientos, para luchar contra los moros; aprobada por el Papa Alejandro III el 29 de Diciembre de 1177 adoptando la Regla del Cister. El Papa Lucio III, en 1183, la eximió de la jurisdicción de los Obispos colocándola en directa dependencia de Roma; y en 1492 quedó incorporada a la Corona de Castilla la dignidad de Maestre, siendo el último de éstos, con residencia en Villanueva de la Serena, el noble placentino don Juan Zúñiga Pimentel.

El monumento principal que tiene la villa es, el Convento de la Orden Alcantarina.

Pero el ornamento mayor de Alcántara, es el haber nacido, haber sido cuna de uno de los más ilustres extremeños en santidad que brillaron en el siglo XVI, en la verdadera España Imperial, que vistió el humilde sayal franciscano, quien extenuado por su austeridad, penitencia y mortificación, atrajo sobre nuestra Patria las bendiciones de Dios con su admirable ejemplo de virtud, poniendo de manifiesto que, «la justicia engrandece las naciones y las inmundicias hacen miserables a los pueblos».

Este austero penitente, celoso predicador, reformador intrépido y varón ejercitado en todas las virtudes, siendo su vida más de ángel que de hombre, fue PEDRO GARAVITO VILLELA, que de su patria tomó el sobrenombre, perdiendo su apellido, conocido por SAN PEDRO DE ALCANTARA, nacido en dicha villa el 1499, (se ignora el día y mes de su natalicio), cuando era Papa el inclito español de la Casa de Borja, Alejandro VI: fue bautizado en la Iglesia Mayor de Santa María de Alcocobara, fundada en 1265 por Frey García Fernández de Ambia, séptimo Maestre de la Orden de Alcántara y a quien Alfonso X «El Sabio», le dio la Iglesia de Santa María de Badajoz, que con otras donaciones constituyeron la Encomienda llamada de las «CASAS DE CALATRAVA».

En confirmación de esto y consultado cuanto se ha escrito sobre el héroe de la austeridad, cuyo rigor ascético en el tratamiento de su cuerpo llegó al cenit de la penitencia, se dice lo siguiente en la breve y compendiosa relación de su vida reseñada en la revisión de sus procesos. El Secretario de la Sacra Congregación de Ritos, Monseñor Francisco María Phebey, después Arzobispo de Mantua, dispuso que el Eminentísimo Cardenal Facchenetto, refiriese, en plena Congregación y delante del Papa Alejandro VI, algo de la vida de San Pedro de Alcántara; y este Cardenal de los «Relatos de la Causa», en orden a la canonización, contenidos en el Libro de Actas, página 5.ª consigna la cláusula



ALBUM EXTREMEÑO. — Trajes típicos. Al fondo entrada a la Basílica de Guadalupe. — (Foto Garabella).

siguiente: «EN BETURIA, O EXTREMADURA DE ESPAÑA, REGION DE LA NORBA CESAREA ANTIGUA, QUE ACTUALMENTE ES VILLA PRINCIPAL DE LA SACRA MILICIA DE ALCANTARA, NACIO PEDRO DE PADRES NOBLES Y EN LA CRISTIANA PIEDAD ESCLARECIDOS, LLAMADOS PEDRO GARAVITO Y MARIA VILLELA EN EL AÑO MIL CUATROCIENTOS NOVENTA Y NUEVE, EN EL QUAL AÑO RENACIO DE LA SACRA FUENTE DEL BAUTISMO, EN LA QUAL, COMO EN SU REGULAR PROFESION, SE LLAMO PEDRO, QUE FUE EL MISMO NOMBRE DE SU PADRE».

Esto mismo dice la Bula de canonización, expedida por el Papa Clemente IX, y así queda descartado lo que afirma, «sólo con el testimonio de su pluma», el doctísimo don Fernando Cambero, quien decía que se llamó Antonio.

Fue hijo del Corregidor y Jurisconsulto don Pedro Garavito de Torres y de doña María Villela Fernández de Sanabria, pertenecientes a familias nobles y distinguidas de Extremadura, no sólo de bienes materiales, sino de grandes virtudes cristianas, con las que edificaban a los habitantes de Alcántara, donde don Pedro Garavito, padre de nuestro santo, ejercía en nombre del Rey, la autoridad de Corregidor.

Este señor fue hijo de don Francisco Garavito de Aguilar y doña Leonor de Torres, ésta de Plasencia; nieto de doña Elvira de Aguilar y biznieto de don Lope Sánchez, señor de la Casa solariega de los Garavitos.

Por línea materna es conocida la nobleza de San Pedro de Alcántara en toda Extremadura, porque su Varonía es de los Sanabrias, no de los Villelas.

Los Sanabrias de Alcántara descienden del Caballero Alcantarino don Mén Rodríguez de Sanabria, quien casó con doña Berenguela Martínez, de cuyo matrimonio tuvieron dos hijos, Antón y Gonzalo.

Antón contrajo matrimonio con doña María Cid, quienes, entre otros hijos, tuvieron a Hernando el cual solicitó de Roma que los Caballeros de Alcántara cambiasen el hábito que vestían de CAPIROTE o CHIA, por la divisa de la CRUZ VERDE, con la que actualmente se distingue dicha Orden. Este Hernando casó con doña Teresa González-Villela, hija de don Juan González-Villela y doña María Lorenzo de Fonseca; tuvieron entre otros hijos, a don Juan Fernández de Sanabria, confidente de la Reina Isabel la Católica, quien casó con doña Urraca González Maldonado, hija de don Juan y nieta de don Gonzalo Rodríguez, naturales de Salamanca y tuvieron seis hijos y cuatro hijas, siendo una de éstas DOÑA MARIA VILLELA FERNANDEZ DE SANABRIA, mujer de DON PEDRO GARAVITO DE TORRES y madre de

San Pedro de Alcántara, con quien están emparentadas las familias de abolengo noble de Alcántara y de Cáceres.

Con estos datos que constituyen un testimonio secular, tomados del libro titulado «Antigüedades de Alcántara», de don Jacinto Arias Quintadueñas, cuyo final forma un epitome o apéndice de la vida de nuestro penitente admirable, podemos formar, aunque incompleto, claro está, el siguiente árbol genealógico de Pedro Garavito Villela:

Arbol Genealógico, incompleto, de Pedro Garavito Villela

Padres	Abuelos	Bisabuelos	4.º Abuelos
Pedro Garavito de Torres	Francisco Garavito de Aguilar	Elvira de Aguilar	Lope Garavito
	Leonor de Torres (de Plasencia)		
Pedro nació 1499 murió 1562 beatificado 1622 canonizado 1669	María Villela Fernández de Sanabria González	Juan Villela Fernández de Sanabria	Gonzalo Rodríguez
		Urraca González Maldonado de Fonseca	
		Juan González	
		M.ª Lorenza Fonseca	

Don Lope Garavito, era el señor de la Casa Solariega de los GARAVITOS.

Mis investigaciones genealógicas, no me han sido favorables, no obstante la búsqueda de datos; sólo he podido deducir de los datos encontrados lo que con mucho gusto ofrezco.

Los padres de San Pedro de Alcántara juntaron la virtud con la nobleza, porque comprendieron que no hay obligación más sagrada para los padres que la educación de los hijos. Obligación que llenaron en

todos sus aspectos, proporcionando a su hijo el mayor bien que puede hacerse al hombre, cual fue, inspirarle sentimientos nobles, infundir en su corazón la semilla de la virtud y cultivar su inteligencia, cimentándola sobre la base inmovible de la sabiduría: el santo temor de Dios.

La Providencia, espléndida siempre en repartir sus dones, lo fue en máximo grado con el niño Pedro Garavito, adornándole con las cualidades más apetecibles y las más felices aptitudes, revelando con su natural virtuoso, su fervor a la Inmaculada, inculcado por su santa madre, en candidez e inocencia, la señal inequívoca de la eminente santidad que a través de los tiempos había de distinguirlo.

Don Jacinto Arias Quintadueñas, en su libro ya citado, «Antigüedades de Alcántara», escrito en el 1658, al hablar de San Pedro de Alcántara aduce testimonios expresivos y autorizados». A los pechos de doña María Villela, dice, se hallaba el gigante niño cuando entre los arrullos maternos empezó como suave Philomela a gorjear con repetidos quiebros todo el Alfabeto de la Gloria; Jesús y María fueron las primeras voces con que se estrenó, el que no naciendo para el mundo dijo en dos voces todo el idioma del Cielo». «Cuatro años tenía, continua el Sr. Arias, cuando ya gigante en la virtud se iba al oratorio por su pie, adorando en espíritu y verdad a su mismo Criador. En entrando se ponía de rodillas y así inmóvil rezaba sus oraciones, y veneraba las imágenes con genuflexiones repetidas, y como otro David derramaba su espíritu en las manos de su Dios. Era éste el cotidiano ejercicio con tal tesón que aún vistiéndole su madre por la mañana, sin aguardar a más se entraba en el oratorio y allí permanecía firme hasta que le llamaban a comer. Olvidado de todo y de su más preciso alimento, era Dios y el Oratorio su más sazonado plato. Dos liberales prendas (singulares debe decir) le dio liberal la Majestad divina, la una fue la claridad de su imaginación o ingenio; y la otra la bondad de su alma. Viendo su padres, continúa, los prodigios de su tierno infante deliberan de darle Maestro que le enseñase a leer y escribir como instrucción propia de esta edad; y no quisieron omitir un punto la doctrina por ser en el niño la luz anticipada. Llegó tan a tiempo la siembra de la enseñanza que causó la admiración el que antes de siete años supiese Pedro leer, escribir y contar. Ninguno más admirado que el Maestro; pues conociendo lo vivo del discípulo, decía, que para reprehenderle nunca hallaba motivo; y lo que una vez al niño advertía jamás se le olvidaba. Apenas acababa su estudio se entraba en su retiro a contemplar las Escrituras de Dios en las planas de los Cielos».

Sencilla pero elocuente biografía del niño Pedro Garavito.

Terminados sus primeros estudios, tuvo que dejar Alcántara para marchar a Salamanca para estudiar Derecho Canónico (1). Pero como Pedro estaba saturado, nutrido en el hogar doméstico con la saludable savia de la fe, fortificada su alma con la santa esperanza en la bondad y misericordia infinitas de Dios, no tuvo temor alguno para lanzarse al proceloso mar de la gran ciudad salmantina, donde había entonces, como ahora, toda suerte de peligros. Sin embargo, en medio de la amplia libertad que tenía, entre el torbellino de las costumbres, no muy santas, que en aquella época reinaban, el joven extremeño es en Salamanca, el foco luminoso colocado en medio de la disipación de la gente joven y estudiantil y de los agitados escollos de aquel mar de la juventud, que sirvió de guía a los que quisieron seguir el camino que conduce al verdadero puerto de salvación del alma y del cuerpo.

Es que Pedro Garavito Villela iba escudado en la coraza de las tres virtudes teologales y armado de la fuerza que proporciona la práctica de las cardinales.

Su Fe, ilumina su inteligencia y le descubre los arcanos de la Sabiduría Infinita; y no le deja fijar su mirada en las penumbras que le rodean y en las sombras que envuelven a las cosas terrenas y caducas.

Su Esperanza, le ofrece tesoros de bondad infinita y de goces sublimes e imperecederos, y no daba entrada en su corazón a deseos bajos ni a ambiciones innobles o inmoderadas.

Su Caridad, abrasaba su alma en el amor purísimo de Dios y de sus perfecciones, e impedía todo movimiento afectivo desordenado hacia las criaturas imperfectas y limitadas.

Su Prudencia en el trato con sus compañeros de estudios; la Justicia con que procedía en todos los instantes; la Fortaleza con que evitaba y huía de las ocasiones peligrosas y la Templanza que observaba en todos sus actos, le sacaron con mayor pureza, esplendor y brillo del período de sus estudios, como más puro y brillante es el oro después que sale del crisol de entre las escorias que se halla mezclada y que no lograron arrebatarse nada de su valor, ni de su mérito.

¡Magníficos efectos que produce en la juventud la buena educación que reciben en el hogar cristiano durante los primeros años!

Pedro de Alcántara volvió a su hogar con un renombre que sólo lo alcanzan la virtud sólida y la verdadera ciencia.

Ya en Alcántara venció, en otro orden de peligros, lo mismo que venció en Salamanca, porque el mundo le brindaba lisonjeras esperanzas, por ser joven, bien dispuesto, inteligente, hijo de padres nobles,

(1) Discipulo de Fray Juan Dionisio de Escobar.

rico y con medios para introducirse en la sociedad; pero vio los peligros que le rodearían, calculó la lucha que le esperaba, y con una resolución enérgica, heroica, que sólo inspira la gracia a aquellos a quienes Dios llama a la cumbre de la santidad, por medio de la austeridad y de la penitencia, despreció honores, riquezas, puestos, etc., etc., se abrazó a la Cruz de Cristo, llamó a las puertas de la Orden del Seráfico Patriarca San Francisco de Asís, que se abrieron de par en par, para dar entrada a este ilustre extremeño, honra de la raza, en el Monasterio de Majarrés el año 1515, a los dieciséis años. Un milagro demostró ser ésta la voluntad de Dios, porque no habiendo barca que le pasase al otro lado del río, cuando se dirigía a este Monasterio, un Angel se le apareció y le condujo a la orilla opuesta.

Muy pronto vieron los superiores en el nuevo Novicio Garavito, la personificación del verdadero espíritu religioso que se tradujo en la caridad y mortificación.

Fue tan austero que atendía con una rigidez extremada a la mortificación de los sentidos. A las austeridades de la Regla, unía otras voluntariamente, como ayunos severísimos, largas vigiliias, que fueron una de las mortificaciones más penosas y que mayor sacrificio le costó, según él mismo confesaba: el desasimiento de todo cuanto puede apetecer el hombre, el deseo de verse menospreciado por sus compañeros de claustro y desempeñar los puestos de mayor trabajo y que más humillaban en el convento, formaron una cadena continua de sufrimientos, en los cuales se abrasaba el corazón de San Pedro de Alcántara en amor divino y buscaba nuevos motivos de mortificación y nuevas austeridades y penitencias.

Profesó en 1516 después de un Noviciado de varón muy aprovechado, siendo su vida más de Angel que de hombre.

La Pasión de Cristo hizo tan profunda impresión en el alma del joven franciscano que, todo su esfuerzo fue imitar al divino Maestro en sus padecimientos y hacer partícipes a los demás de los sentimientos de amor, de gratitud y compasión en que se abrasaba.

El Cardenal Facchenetto dice de San Pedro de Alcántara, tomado del proceso de Canonización, entre otras cosas, lo siguiente:

«El cielo de la Iglesia se distinguía hasta ahora con tal fuerza con santísimos Varones, como pudiera el Cielo con variedad de estrellas; y parecía no poder añadirle la más pequeña luz, por estar completo el eclesiástico cielo de armonía y resplendor. Siendo esto así fué tal la vida de Pedro de Alcántara, entre los mortales, con la admirable claridad de signos y singular ventaja de virtudes, que se juzga, añadió el Cielo de la Iglesia una luz quan infinita. Entre muchos prodigios de su

fe, integridad, fortaleza y santidad con los cuales commovió toda la redondez de la tierra y la arrebató en admiración misma, fué aquel no bien esclarecido con alabanzas excesivas, en que Pedro instruido en fé esclarecida, entró en el Tajo río a tiempo que estaba muy crecido y lo pasó a pié enjuto, dominando su altivez y soberbia. ¿Que mucho que Pedro quebrantare el impetu insuperable de el vastísimo río, si siempre con la acerbísima maceración de su cuerpo, austeridad y penitencia, convirtió en misericordia la ira armada del inmortal numen contra los pecados?»

Realzan las virtudes de San Pedro de Alcántara y sus muchos milagros, que no consigno en gracia a la brevedad y por no estar dentro del marco de este trabajo literario, el Cardenal Beronio, el Cardenal Marcelo, el Patriarca de Jerusalén Camilo Máximo, etc. etc.

Dice un historiador de su vida que, «no sólo causa horror cuando se examinan sus actos, sino que sería increíble sino estuviesen plenamente comprobados en el proceso de canonización»; en su celda no podía estar de pié por lo baja; resistía el sueño de rodillas y con la cabeza sobre la pared; comía cada tres días; se exponía voluntariamente al rigor e inclemencias del tiempo; sus cilicios dolorosos los formaba de los árboles y plantas, era tal su mortificación y penitencia que hubiera muerto sino hubiera estado sostenido por la Providencia».

De todo hacia San Pedro de Alcántara objetos de martirio, instrumentos de dolor, armas de padecimientos y santificación. A sus grandes austeridades y penitencias, siguieron las más sublimes consolaciones, como al martirio sigue la corona y la palma.

«Pocos santos, dice el Sr. Quintadueñas, ha habido que hayan poseído en grado más eminente que el humilde franciscano de Alcántara, el don sublime de la oración que era un éxtasis continuo, dándole Dios a gustar anticipadamente los inefables goces de la gloria.»

Fue nombrado Guardián del Convento de Badajoz el año 1521 y elevado a la dignidad sacerdotal a los 24, o sea el 1525, siendo nombrado después Guardián del Monasterio de Nuestra Señora de los Angeles cuyo Provincial era Fray Angel de Valladolid, de la Provincia de San Gabriel, elevada a Provincia en 1519, lo que antes había sido solo Custodia.

La Provincia de Santiago quiso prohijarle, porque San Pedro de Alcántara, cuando tomó el santo hábito, lo hizo como hemos dicho en el Convento de San Francisco de los Majarretes, que era de la Provincia de Santiago.

La Provincia de San Gabriel tuvo diversos nombres al principio de

su fundación, y así fue llamada, «Congregación del Santo Evangelio o del Capucho en 1506.

Julio II, hace mención de esta Congregación en la Bula «Cum multas graves ad Nos...», para la unión de las Congregaciones en la gran familia «Conventual u Observante». En las Actas del Capítulo General, celebrado bajo la presidencia del Papa León X en 1517, lo que fue Custodia de Santiago, se llamó Custodia de San Gabriel: es decir, que las tres Congregaciones, a saber, la del Santo Evangelio, los del Capucho y los Descalzos, quedaron fusionadas en la de San Gabriel, como afirman Fray Damián Cornejo, en la primera parte de sus «Chronicas de la Orden Seráfica». Lo mismo afirma Uvadingo hablando de San Pedro de Alcántara y dice: «Pedro de Alcántara el qual en este mismo año (1516) quiso servir en la Orden de los Menores en el Cenobio del Santo Evangelio o Provincia de San Gabriel».

Fray Juan de Santa Maria, autor de la «Chronica de la Provincia de San Joseph» y dos veces Provincial de la misma, Moles y Fray Juan de la Trinidad, aducen datos para demostrar con razones de mucho seso, la profesión de San Pedro de Alcántara, (1516), en la Provincia de San Gabriel, llamada del Capucho, Santo Evangelio que era de frailes menores».

No hay duda de que la Custodia de Extremadura o del Santo Evangelio, sea la Provincia de San Gabriel, porque León X dice en las Actas del Capítulo General que, «lo que se llamaba Custodia de Santiago y del Santo Evangelio Fiat Custodia Sancti Gabrielis», nombre que se le dio dos años después de constituirse Provincia y de la que San Pedro de Alcántara fue de los principales fundadores.

Pues bien, una vez hecha esta aclaración histórica, el año 1535, a últimos de Agosto, se celebró Capítulo General de la Provincia de San Gabriel en el que fue elegido, por segunda vez, Provincial el venerable Fray Angel de Valladolid, y nuestro austero y penitente Pedro de Alcántara, Guardián del Convento de Nuestra Señora de los Angeles, quien usó de humildes ruegos para resistir dicho cargo, pero el precepto de la obediencia le obligó aceptar.

Fray Juan de San Bernardo en su libro «Vida de San Pedro de Alcántara», pág. 14, escribe a este respecto lo que sigue: «Partió a su convento de Nuestra Señora de los Angeles, a donde fue recibido con grande alegría. La que tuvo el glorioso Padre fue mayor por ser el sitio y el convento proporcionado al retiro, a la austeridad y mortificación y penitencia que su espíritu deseaba, porque está situado en un Valle, entre unas sierras fragosas y tan altas, que estando de las Villas de Robledillo y Torrecilla una legua, toda ella se gasta en subir del convento

a la cumbre de la sierra y bajar a los dos lugares. Las montañas están cubiertas todo el año de retama, lentiscos y tanta variedad de yerbas olorosas, que por tiempos llenan todo el Valle de fragancias. Hay cerca del convento algunos robles y encinas que por una parte le hacen sombra; un arroyo baja de la sierra y pasa junto al Monasterio ofreciendo cantidad de peces para los habitantes de aquel Yermo. Crianse en aquella ribera unos animalillos pequeños, cuya piel despide de sí fragancia suavísima que parece almizcle. En lo más alto de la sierra sirve de corona a toda la montaña un peñasco soberbio donde crían las Aguilas Reales de tiempo en tiempo inmemorable, y estando para volar los pollos, no parecen más, quedando siempre dos Aguilas en aquel lugar, conservadoras de su Real stirpe».

Indudablemente, amable lector, que ésta y las anteriores descripciones carecerán, para mí no carecen de nada, de un lenguaje fluido y poético, de esa elocuencia en el decir, de ese estilo, las más de las veces insustancial y huero, pero que rezuman el aroma clásico cervantino, deduciéndose que San Pedro de Alcántara fue «el complemento de la Orden Franciscana» según profetizó el Serafín Llagado de Asís.

Después de ser Guardián del Monasterio de Nuestra Señora de los Angeles, aceptó por obediencia el ministerio de la predicación, comprobando con su ejemplo cuanto enseñaba con su palabra. Predicaba con tanta unción evangélica que los pecadores se convertían, los pueblos veían desaparecer de entre sus habitantes los vicios, los odios y las enemistades, haciendo brotar en los corazones la paz, la virtud y la penitencia.

Creció tanto su fama y humildad que no hubo ciudad y aldea que no pidiese ser visitada por San Pedro de Alcántara. Los ricos y los pobres, los nobles y los plebeyos, los reyes y los príncipes, pedían a sus superiores que los concediesen el consuelo de oír de su boca las verdades de la salvación.

A instancias del Rey de Portugal, marchó a pie descalzo, en medio de la más absoluta pobreza y sin más auxilios que la Providencia Divina. Su predicación en Portugal dio frutos tan maravillosos que muchos nobles abandonaron el mundo y se hicieron religiosos; y los Infantes doña María y don Luis, después de hacer sus votos religiosos, fundó éste último el Monasterio de Salvatierra.

Todavía estaba en Portugal, cuando fue nombrado Provincial de la Orden Franciscana, cargo que desempeñó con el mayor acierto y prudencia. Entonces puso en práctica el pensamiento que acariciaba hacía mucho tiempo, es decir, el de ver resucitado a su primer rigor y vigor, a su espíritu primitivo la Regla del Serafín de Asís. Era enojosa y difi-

cil la Reforma, por la tibieza de los Religiosos y por las circunstancias de la época, pero con la confianza e inspiración de Dios, tomó en su compañía algunos monjes de los más selectos en virtud y de gran espíritu, y emprendió la Reforma proyectada en Arrávida, sierra situada en la desembocadura del Tajo. Allí levantó un Monasterio que tenía unas celdas cavadas en la roca viva, y en estas cavernas, que no merecen otro nombre, dio principio la obra salvadora de los Franciscanos que tantos sinsabores le proporcionó, alabada por Santa Teresa, aprobada por el Papa Julio III, y que se extendió por toda España, de tal modo que, en menos de seis años vio San Pedro de Alcántara establecidos nueve conventos de esa religión que resucitó el espíritu de austeridad y penitencia, mortificación y extrema pobreza que profesó San Francisco de Asís, y que dio a la Iglesia Católica la benemérita y angélica familia de ángeles más que de hombres, cuyo espíritu de rigidez ascética, de humildad, de penitencia, de conformidad con la voluntad divina, constituyen una vida perfecta y son, aún en estos tiempos de sensualismo, de soberbia, de materialismo y de irreligión, objeto de respeto por parte de los mismos que hacen alarde de ser enemigos de las Ordenes Religiosas y de las Reglas Monacales.

Vivió sesenta y tres años en el servicio de Dios.

Pero desde 1556 a 1562, dicen sus biógrafos, vivió de milagro; extenuado por el excesivo trabajo y consumido por las duras mortificaciones y penitencias, además de tener decaídas todas sus energías por el choque de tantas dificultades, de tantos contratiempos, y de la violencia con que estalló la tempestad que el infierno lanzó contra la obra salvadora de la Reforma Franciscana, venciendo San Pedro de Alcántara, como vence siempre la virtud del vicio y la justicia de la tiranía.

Se encontraba en Avila ayudando a Santa Teresa en la obra de la Reforma Carmelitana, cuando cayó enfermo, y como sabía que su última hora se acercaba, mandó le llevasen al Convento de Arenas, donde expiró el 18 de Octubre de 1562, a la hora predicha por él. En el mismo momento, Dios permitió que su alma rodeada de resplandores de gloria, se apareciese a Santa Teresa y la dijese: «OH DICHOSA, OH DULCE AUSTERIDAD Y PENITENCIA QUE ME HA MERECIDO TANTA GLORIA».

Fue Beatificado por el Papa Gregorio XV el 1622 y Canonizado por el Papa Clemente IX el 1669, fijando su festividad el 19 de Octubre de cada año.

San Pedro de Alcántara fue Guardián del Convento de Badajoz el 1521, y dicen los cronistas que como «crecía la fama de los descalzos de Asís, de los tres conventos que fundaron en Extremadura fue uno el

de San Bartolomé en Villanueva de la Serena del Priorato de Magacela de la Orden Militar de Alcántara; este Convento en el año 1575 pasó de la Provincia de San Joseph a la de San Gabriel, visitándole nuestro Padre Provincial Fray Pedro de Alcántara en su paso a la santa Casa de Guadalupe siendo Prior de aquella Casa Fray Hernando de Sevilla». (Lib. 5.º, cap. 2.º de la «Crónica General de la Orden»).

Los vecinos de Guadalupe deben a este Prior muchas exenciones de las Leyes, como afirma el Padre Germán Rubio, pág. 136 y 137, en su magnífica «Historia de Guadalupe», como afirma también que este cargo lo ocupó Fray Hernando de Sevilla desde 1544 a 1547 y anteriormente lo tuvo desde 1541 a 1544.

No puede fijarse de un modo concreto y exacto, ni la estancia de San Pedro de Alcántara en Villanueva de la Serena, ni en Guadalupe; el hecho es que estuvo en una y otra parte; dignificó y honró con su presencia el Convento de San Bartolomé de Villanueva de la Serena, huésped tan santo y tan extremeño; y en Guadalupe para visitar como extremeño, como religioso y patriota a la Morenita de las Villuercas que, fue alma de la Historia de España en su época de mayor esplendor y grandeza, y cuya fama corrió de sol a sol por todos los reinos que fueron españoles, y el austero y penitente extremeño San Pedro de Alcántara, se postró ante su altar para desgranar su corazón en oraciones de amor filial que le inculcara su madre, y pedir por España, por Extremadura y por la gran Reforma de la Orden Franciscana que, a los 463 años de su estancia en Guadalupe, había de hacerse cargo de dicho Monasterio, localizado en el místico rincón de las Villuercas, la misma Orden de San Pedro de Alcántara, la del Serafín Llagado de Asís, que desde 1908 abrió Guadalupe, Cantar de los Cantares, hecho arte extremeño por el buril de los siglos, para que salieran nuevas brisas con que tonificar a España.

Fray Juan de la Trinidad, autor de la «Crónica de San Gabriel»; (Lib. 2.º-cap.-XX-pág. 673 y sigs.), al hablar del Convento de San Bartolomé de Villanueva de la Serena, dice que: «este convento fue uno de los siete de San Joseph, que se incorporaron a la de San Gabriel: San Isidoro de Loria, del Pedroso, término de Coria; San Juan Bautista de Viciosa, del Arroyo; de San Bartolomé de Villanueva de la Serena; de Nuestra Señora de la Antigua de Mérida, de Sevilla». Además, «en este Convento quedaron sepultados dos grandes siervos del Señor, hijos de la Provincia de San Joseph. Uno fue Fray Gaspar de San Joseph, sacerdote, discípulo y compañero algún tiempo del Santo Fray Pedro de Alcántara y de los que más estimó y quiso, por ver en él gran fervor y perfección en el ejercicio de las virtudes. Salió Fray Gaspar tan apro-

vechado con la educación de tal maestro (San Pedro de Alcántara) que después fue muchos años Maestro de Novicios y uno de los que más buenos hijos espirituales han criado en aquella Provincia de San Joseph.... era natural de Baeza, fue Guardián de este Convento (de San Bartolomé de Villanueva) dos años, gobernándole con sana virtud y prudencia. Acometióle una fiebre aguda en la procesión del Corpus, celebrada en esta Villa, de la que murió habiendo tomado un Crucifijo entre sus manos y recibidos los santos sacramentos el año 1577». (Crónica de la Provincia de San Joseph - Fundada por Fray Juan de Guadalupe - Lib. 1-cap.-XXIII- págs. 153-157). El otro siervo de Dios fue Fray Juan de la Soledad, Novicio en el Convento de Arenas, religioso lego; tuvo por Maestro a Fray Gaspar de San Joseph.

Don Jacinto Arias Quintadueñas en su libro citado, «Antigüedades de Alcántara», dice que: «la casa del penitente admirable fue erigida en templo por sus paisanos de Alcántara en el año 1658. El año 1682 tuvo esta suntuosa fábrica su último complemento; y el año 1669 en que fue la canonización solemne de San Pedro de Alcántara por el Sumo Pontífice Clemente IX, abrió la Santa Provincia de San Joseph, cuyo primer convento lo fundó San Pedro bajo la advocación de la Inmaculada; la urna que en su convento de Arenas conserva y venera en el Sacro Cuerpo de su santo su principal tesoro; y con sus dos brazos mostró sus liberalidades, ofreciendo su rendida gratitud, uno al Pontífice Sumo que le canonizó, y el otro a su amante Patria Alcántara, que le colocó en el Nuevo Templo de su antigua casa, lo que con templo y casa es hoy Convento de la esclarecida Religión de los Reverendísimos Padres Clérigos Menores.

JUAN ANTONIO MUÑOZ GALLARDO

